

Cover



PAOLA ZANNONER

la Banda de las chicas

Victoria y Los colgantes de

La amistad



¡Con pegatinas!

LABERINTO



Título original: *Vittoria e i ciondoli dell'amicizia*

© 2014 Giunti Editore S.p.A., Firenze – Milano

www.giunti.it

Dirección editorial: Ana Belén Valverde Elices

Texto original: Paola Zannoner

Ilustraciones: Linda Cavallini

Traducción: Carmen Ternero Lorenzo

© 2016 Ediciones del Laberinto, S. L., para la edición mundial en castellano

ISBN: 978-84-1330-894-4

EDICIONES DEL LABERINTO, S. L.

www.edicioneslaberinto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos

Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com

<<http://www.conlicencia.com/>>; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



Victoria y Los Colgantes
de la amistad



LABERINTO

Capítulo 1

Un regalo especial

«¡Quiero montar una actividad! ¡Nueva y emocionante!», piensa Victoria.

Su tía Julia acaba de hacerle un regalo que llevaba siglos esperando.

No es un ordenador, qué va, eso es cosa del pasado. Es una tableta, y no se parece a nada de lo que ha tenido hasta ahora. La tableta es un verdadero instrumento electrónico, del tamaño de un cuaderno. Y es toda suya, así no tendrá que volver a pedirle el ordenador a sus padres. Además, ellos tienen un ordenador viejo, que pesa mucho y es de un color triste, gris ratón, mientras que su nueva tableta es pequeña, ligera y tiene una funda de un precioso fucsia fosforescente.

¡Qué bien! ¿Quién tiene un objeto tan sofisticado y con un color tan de moda? Solo ella, Victoria, y todo gracias a su tía Julia, que es un genio.

—¡Guaaaau, es fucsia! ¿Dónde lo has comprado, tía? —pregunta con voz temblorosa por la emoción.

—Conozco muchos sitios, pero desde luego no es del centro comercial —contesta ella con aire misterioso.

La tía Julia suele criticar a su hermana porque la madre de Victoria lo compra todo, absolutamente todo, en el hipermercado, desde la comida hasta las camisetas, la aspiradora o las entradas para el cine.

Pero su tía, como todo el mundo sabe, es muy especial. Es simpática, elegante, guapa, habla dos idiomas y siempre está al tanto de la última moda. Si la ves aparecer con unas sandalias con cuña, puedes estar segura de que dentro de nada verás esas mismas sandalias en los pies de todas las demás. La tía siempre lo sabe todo un poco antes, porque lee revistas de moda y tiene muy buen gusto. Cuando sea mayor, Victoria quiere ser como ella, o sea, guay, como dicen las chicas de la Banda cuando una cosa es perfecta y gusta mucho.

Pero, hablando de gustar, su tía no tiene novio. Y cuando Victoria le pregunta si le gusta alguien, ella siempre levanta la mano y le dice como si nada que «ya habrá tiempo para eso».

Pero Victoria sabe que más que tiempo, lo que se necesita es encontrar a la persona adecuada. Y su tía no tiene suerte. Desde que ella recuerde, su tía tuvo un novio peluquero-trompetista, otro fontanero-fabulista y el último fue un jugador de rugby-poeta, pero ninguno de los tres le regaló nunca un anillo de compromiso ni se casó con ella «como se debe», o sea, con vestido de novia, ceremonia y cena a lo grande.



Aquellos palurdos no le hicieron ni un regalo, y eso es muy mala señal.

«El que es avaro con las cosas, es avaro con los sentimientos», piensa Victoria.

Y así es como su fabulosa tableta le ayudará a echarle una mano a su guapísima tía soltera. Desde este momento, Victoria se convertirá en una «fashionista», una experta asesora de moda, una estilista capaz de crear objetos fantásticos. Pero fantásticos no solo porque sean originales, sino porque además serán únicos, capaces de potenciar las virtudes de quienes los llevan. ¿Increíble?

¿Absurdo?

No para alguien que es capaz de ver lo que consigue ver Victoria, a pesar de ser miope.

¡No para alguien que ha conseguido domar a la bestia!



Capítulo 2

La bestia

La bestia en cuestión tiene un nombre, y ese nombre es Darío. Aparentemente es un chico como cualquier otro. De altura media, de corpulencia media, incluso el tipo de pelo es del montón (castaño y liso). Hasta el año pasado también tenía un comportamiento medio, ni inquieto ni tranquilón, pero después la cáscara se rompió y salió un marciano listillo, malo e irritante, dispuesto a rodar por el suelo con los otros niños, a poner la zancadilla y a dar tirones de pelo, codazos y patadas por debajo de la mesa.

Nadie parecía estar a salvo de su furia devastadora, ni los compañeros, con los que no hacía más que pelearse; ni las compañeras, víctimas de lo que él llamaba «bromas», y que iban desde esconder cuadernos y bolígrafos hasta pintarrajear los diarios o hacer desaparecer las meriendas. Todo el mundo sabía quién había sido: Darío.

Algunas compañeras se habían echado a llorar por el cuaderno o la goma desaparecidos. Y después aparecían en las otras mesas, para echarle la culpa a otro. Pero cuando todas las miradas lo apuntaban a él, Darío se reía: «¡Pero si es una broma!».

«No, es una jugarreta», respondían las compañeras.

«¡Se lo digo a la seño!», insistían, pero él se encogía de hombros.

Hasta que un buen día desaparecieron las gafas de Victoria. Las había metido en el estuche y las había dejado encima de la mesa para usar el microscopio del laboratorio y él aprovechó para escondérselas.

Victoria se preocupó muchísimo.

¡Ojalá no las necesitara tanto! Pero sin gafas, es como si nadara en una pecera en la que todo está desenfocado. Es una verdadera esclavitud, porque en la piscina también tiene que usar unas gafas especiales, graduadas, y en verano no puede ponerse las gafas de sol que más le gusten, porque tienen que ser especiales, así que para no

volverse loca cambiándose las gafas continuamente, prefiere ponerse un sombrero que le resguarde la frente y los ojos.

Además, las primeras gafas que tuvo eran horribles. Redondas y negras y apenas se le veían los ojos. Y encima su hermana la llamaba Gorgorito, por lo del «Pito, pito, Gorgorito, ¿dónde vas tú tan bonito?».

Al final, su tía Julia decidió afrontar la situación y se llevó a Victoria a que viera a una amiga suya, que era óptica. Lo del Gorgorito se acabó en cuanto se compró una graciosa montura oval, ligera y roja; con sus nuevas gafas, Victoria se parecía a una cantante americana de música pop que su tía le había enseñado en una revista.

Total, que sus gafas, ligeras y bonitas, habían desaparecido, por lo que había llegado el momento de enfrentarse a la bestia de una vez por todas. Después de pedirle a una compañera que le señalara quién era entre un grupo de gente, Victoria se le acercó intentando no entrecerrar los ojos.

—Perdona, Darío. ¿Puedo hablar contigo un momento? —le dijo con tono tranquilo.

—¿Por qué? ¿Qué quieres?

—Tengo que decirte una cosa.